

de embajadores diplomáticos, mediadores de las discusiones «murmuradas en voz baja» del consejo y otros análogos. Kubary, hablando de la situación de los nobles en los pequeños Estados de Korrer y de Molegojok (Palaos), dice: «En Korrer el poder se encuentra en manos de los siete primeros caudillos, lo cual se debe á que este país nació de la unión de muchas tribus independientes que en distintos grados conservaron en forma de privilegio su antiguo poder. En cambio, en Molegojok el gobierno es patriarcal y la



Remos é insignias de caudillo de Nueva Zelandia (Christy Collection, Londres.) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño.

concentración del poder en manos del Iraklaj único está compensada por el hecho de que éste es quien ha de costear por sí solo todos los gastos del gobierno.

En el último peldaño de la organización política encontramos, finalmente, pequeñas comunidades que autónomas y débiles vegetan bajo el poder de un caudillo de tribu ó de aldea, hasta que se fusionan á consecuencia del poderío alcanzado por uno de ellos ó se convierten en vasallos por haber resultado vencidos por ataques exteriores. Estas comunidades de aldea — de las que, en la principal isla de las Palaos, Baobeltaob, por ejemplo, hay 65 repartidas en 11 territorios independientes, teniendo cada una de ellas su caudillo y su ministro—las vemos reaparecer en todas partes como fundamento del orden político: compónense de un número de familias que se agrupan alrededor de sus jefes, los *rupaks* ó caudillos, que gobiernan á los miembros de una de aquéllas y que representan á la comunidad en

los territorios extranjeros. Para la importancia política que, á lo menos en teoría, tienen estas débiles unidades, es característica la denominación que tienen en las Palaos, en donde se les llama *pilu*, es decir países: el propio nombre se nos aparece en las Carolinas en la forma de *pilun* que significa rey. Lo que dice Semper hablando de las Palaos, que en el fondo cada aldea constituye un Estado con organización propia, puede originariamente aplicarse á todas las formas de Estados de la Micronesia. En el grupo de las Ruk, por ejemplo, no hay ningún poder que se extienda más allá de una tribu, que se llama *eilan*, no existiendo hoy ni habiendo existido en todo el pasado á que el recuerdo alcanza un poder supremo y general que domine sobre todo el grupo. Por esta razón se habla allí de 39 tribus y de 73 Estados. Y como falta espacio para un desenvolvimiento que tenga por base una posesión extensa así de territorios como de habitantes, de aquí que más que las relaciones reales de poderío sean decisivas las tradiciones, las relaciones personales y las intrigas políticas. Desde época muy remota existe una clasificación de los territorios por categorías, pero las diferencias que separan á unos de otros descansan en una tradición que dice: «Una mujer llamada Milatk dió á luz tres hijos y una hija. Esta mujer fué el Kalit que creó las Palaos y los hijos fueron sucesivamente Emjung en Aremolunguy, Molegojok en Artingal, Korrer en Erekdau y Ejmelijk:» estos son los cuatro territorios más grandes de las Palaos. Esta tradición, á pesar de haberse repetido en la actualidad, no ha impedido que entre los hermanos estallara la lucha: con efecto en los 100 años que hace que las Palaos son conocidas por los europeos, Korrer, pequeña isla, y Molegojok, parte de la isla principal que se extiende al Norte del grupo, han venido luchando de continuo para conquistar la hegemonía.

En Nueva Zelandia, los *rangatiras* ó nobles estaban al frente de la cosa pública y como en las grandes tribus había varios y aun muchos, uno de ellos era reconocido como príncipe, *rangatira nui* (*nui*, grande) ó *rangatira tina* (*tina*, eminente): el caudillo de la guerra era el *rangatira toa* (*toa*, valiente). Pero el verdadero nombre de caudillo es *ariki* que se usa en distintas formas. En las islas de los Navegantes, encontramos después de los caudillos hereditarios, *aliis*, á los *tupus* formando la clase más elevada, luego á los parientes de éstos, después á los caudillos de aldea como tercera clase y finalmente á los *tulafales* ó propietarios de inmuebles que se distinguen de la plebe. En cada aldea, la asamblea (*fono*) de los *aliis* ó caudillos y de los *tulafales* confecciona las leyes para los demás conciudadanos, decide en Fono Talaga acerca de la guerra ó de la paz y goza de los frutos del Ualo ó sea del estado de esclavitud y sujeción de las tribus extranjeras. En las luchas civiles samoanas, que desde 1876 afectan también á la política europea, siempre aparecen en primer término los caudillos privilegiados, nunca el rey, que se muestra dependiente de ellos. En las Marquesas, de un modo análogo á los *arikiis* neo-zelandeses, aparece al frente de cada tribu el rey ó *hakaiki*, que viene á ser también una especie de patriarca, y junto á los patriarcas ó caudillos supremos, vemos á los *tias* (directores de la guerra) que indudablemente corresponden á los *rangatira toa* de los neo-zelandeses: en Hawai vuelven á aparecerse como *aliis*, pero allí ocupan en el Estado monárquico de Kamehameha una situación mucho más modesta, puesto que entre el príncipe y la plebe ó *maka ainan* existe la *aha-alii* ó asamblea de caudillos: éstos se nos presentan en las distintas categorías del tabú.

Los caudillos de tribu hereditarios ocupan una situación más característica que en ninguna otra parte en las islas de

la Sociedad, donde son conocidos con el nombre de *erihis* ó de *erioi* (nombres que también se escriben *ariis* ó *areoi*) formando una liga cuyo origen se atribuye á fundación divina, á Oros el dios de la guerra. Doce grandes maestros están al frente de las doce categorías de los *erihis*, los cuales se dividen en siete grados según la clase de tatuaje: todos, sin embargo, están íntimamente unidos como buenos camaradas, y la hospitalidad que unos á otros se dispensan no tiene límites. Los *erihis*, recibidos en todas partes con grandes festejos, han de permanecer solteros por su condición de guerreros, y si llegan á tener hijos les dan muerte: no trabajan, pues sus tierras están cultivadas por sus esclavos, y al morir, sus almas son conducidas al paraíso *Rohutu noa noa* por el dios *Onru tatae*. Al rey y á su familia se aplica «propia y preferentemente» (Forster) el título de *erih*. Esta casta reaparece con mayores proporciones en las sociedades sólidamente establecidas en que se divide todo pueblo micronesio clasificado por sexos y clases: á ellas pertenecen los *klobbergolles* de las Palaos que también se denominan *bai-bai*, por ser bai el nombre de sus casas comunes. Esta institución reviste en la aristocracia el carácter de séquito del príncipe y es de notar que en ella se descubre á veces cierta conexión con el sistema de heredamiento por la línea femenina. Así en las islas Ralik los caudillos reinantes pertenecen á un determinado clan y sus hijos á otro, pues el caudillo ha de casarse siempre en el clan al cual han de pertenecer sus hijos y sabido es que la ascendencia de éstos se computa por la madre.

Ya hemos hecho notar anteriormente las diferencias hasta corporales que separan á los nobles de los plebeyos, y por esto no ha de causarnos extrañeza el oír decir que ha de darse muerte al nacer aun á los hijos que los caudillos de la clase de los *erihis* tienen con las mujeres de baja esfera. Sin embargo estas fronteras no son infranqueables del todo, á lo menos para los hombres, pues, como hemos dicho, los artesanos hábiles de Tonga, por ejemplo, pasan á ser de *tahunas* del pueblo miembros de una categoría tabúda. En público, la vida en común reviste una forma patriarcal que induce á Forster á creer como probable que en otro tiempo este carácter se reflejaba en el conjunto de la forma de gobierno: al rey se le ve remando en su canoa y en Tahití el hombre de condición más humilde podía hablar libremente con él. Esto nos hace pensar en las influencias suavizadoras de la naturaleza que con igual prodigalidad reparte sus dones entre pobres y ricos y al propio tiempo en las pequeñas proporciones dentro de las cuales se movía esta vida, por lo menos en la Polinesia oriental, y que no dejaban manifestarse de una manera muy marcada los extraordinariamente pronunciados antagonismos. Algunos observadores modernos han reconocido otro tanto en la Polinesia occidental, en Samoa por ejemplo. En ninguna parte, ni siquiera en los más crasos despotismos, falta una intermediación representativa entre el príncipe y el pueblo: el *fono* de Samoa y la *aha-alii* de Hawai nos la ofrecen en sus distintos grados de desarrollo, siendo muy de notar que tiende enérgicamente á adoptar el carácter de confederación secreta. Entre los maories, la palabra *rumunga* ó *ranunga* significa unas veces la asamblea en unión de la cual gobierna el príncipe según las *tikungas* ó leyes y otras la sociedad secreta que castiga á los criminales. En circunstancias excepcionales, como cuando amenaza estallar una guerra, el caudillo ó sus representantes convocan asambleas especiales que discuten á menudo por espacio de algunos días, verificando varias ceremonias y pronunciándose largos discursos. Pasar de este estado de cosas al moderno constitucionalismo ó por lo menos á una imita-

ción del mismo, no parece ser tarea extraordinariamente difícil. En la constitución promulgada por Kamehameha III cuyos artículos reflejan claramente la influencia americana, hay una «exposición de principios sobre los cuales descansa la actual dinastía» en la que se dice: que Kamehameha I fué el fundador del reino y que le pertenecía el país desde un extremo á otro, aunque no como propiedad privada; que le pertenecían el pueblo y los caudillos al frente de los cuales estaba Kamehameha I y que éste tenía la supre-



Mosqueador é insignia de caudillo, de las islas de la Sociedad (Christy Collection, Londres.) $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño.

ma disposición sobre todos los bienes del país. Por esta razón ni había entonces ni hay ahora nadie que pueda enajenar la más pequeña porción de territorio sin el consentimiento de aquel á quien corresponde la dirección del gobierno. La constitución de Kamehameha III no establecía la simple herencia de la corona, sino que determinaba que el heredero del trono había de ser designado por el rey y por los caudillos, y en caso de que no se hiciera esta designación, los caudillos junto con la representación popular habían de proceder á ella. De modo que también aquí el principio aristocrático enmienda el principio patriarcal.

El despotismo que en Polinesia había llegado á una altura extraordinaria, descansaba, pues, más bien en la opresión de las clases y de las castas que en la voluntad omnipotente de un solo individuo: sólo así se explica su profunda eficacia; sólo así pudo filtrarse en todas las relaciones de la vida. No tenemos idea alguna, como puede comprenderse, de la manera cómo se distribuían entre los distintos

Estados de la Polinesia las cifras de la población, pero es indudable que los privilegiados eran muchos menos que los desheredados u oprimidos. La triste decadencia de esta sociedad se explica en parte por la acción funesta que tal estado de cosas ejerció hacia arriba como hacia abajo. Los que conocen bien la vida polinesia, como por ejemplo el reverendo Whitney, en Kauai, atribuyen en gran parte la disminución de la población al hábito del despotismo que necesariamente enseña á despreciar la vida, debilita la actividad y el espíritu de empresa, hace que se mire con indiferencia el porvenir y sobre todo dificulta la transición á un estado de cosas que respire mayor libertad.

El príncipe es el soberano y el sumo sacerdote de su pueblo, pero no siempre es su general, lo cual hace que no siempre la máquina del gobierno en los reinos polinesios sea sencilla y clara. Una distinción entre el rey de la paz ó sombra de rey y el príncipe de la guerra —aquél forma, éste esencia— y una coexistencia de estos dos personajes, como sucede en el Japón con el mikado y el taikun, son cosas que se explican perfectamente dado el carácter religioso y guerrero de la vida polinesia. Y como además es propio de esta vida un rasgo fundamentalmente conservador, es fácil conservar durante mucho tiempo estas instituciones antagónicas que han llegado á ser consagradas como divinas. A esto hay que agregar la influencia limitadora que ejerce la existencia de una elevada aristocracia. Por esto en Micronesia, el rey es en parte soberano despótico y en parte presidente de una república oligárquica, uno de cuyos principales deberes consiste en hacerse popular.

El pueblo siente perfectamente si su rey cuida de él ó si explota en provecho propio las ventajas que su elevado cargo le proporciona, cosa esta última tanto más fácil cuanto que el monarca suele tener el monopolio de la fabricación de moneda y del comercio, que son las dos únicas fuentes de riqueza. Los cartuchos de dinero sólo puede fabricarlos, en las Carolinas, el caudillo y cuando ha hecho algunos agujeros en un trozo de concha de tortuga, el propietario de ésta puede cambiarla por algo que tenga verdadero valor. El rey de Korror, en la época en que le visitó Kubary, era odiado por su codicia; acusábasele de que por egoísmo se mostraba demasiado complaciente para con dos extranjeros y los defectos que se le echaban en cara consistían en que, contra la costumbre del país, reservaba para él solo los objetos que de aquéllos se recibían. Por esta razón tenía en contra suya á todo un partido, habiendo por fin estallado una revolución sin derramamiento de sangre, de la que Kubary hace la interesante descripción siguiente: «El Ajbatul atrajo sobre sí la tempestad por haber vendido secretamente en un distrito extranjero armas á cambio de monedas de las Palaos. Realizado este hecho, los caudillos le hicieron algunas advertencias, á las que contestó orgullosamente, llamándoles á todos juntos *dak* (es decir, excrementos) lo cual le costó la corona. Los caudillos se apartaron de él y toda la población en masa habló de asesinato, en vista de lo cual el Ajbatul, que no se consideraba muy seguro, abandonó Korror, su residencia, y se dirigió á Armit en donde se encontraba su mujer. Los caudillos le instaron muchas veces á que volviera, pero el temor le hizo negarse á ello bajo distintos pretextos: en vista de ello, aquéllos llamaron secretamente al anciano Irajkalau diciéndole que fuera «para curar al país.» El así llamado acudió inmediatamente y un día, después de diez de deliberación, los cuernos de Tritón sonaron diciendo: «¡Ya no hay rey!» El rey, despojado de todos sus títulos y del rango de caudillo, oyó, presa de impotente rabia, el

estrépito de las trompetas guerreras que llevaban á los lugares apartados la noticia de su muerte civil. Siguió á esto un interregno, durante el cual todos los caudillos gobernaron en nombre de Irajkalau, pensando en el nombramiento de un nuevo monarca. En aquel entonces cada uno se creía rey y quería ser venerado como á tal, es decir colmado de regalos, lo cual era en extremo pesado para los europeos. Por último, algunas semanas después se eligió un nuevo soberano que fué simplemente un autómatas manejado por los caudillos.»

También en Micronesia, junto á la jefatura principal del Estado, representada por el rey, elévase frecuentemente otra, ora en forma de caudillo de guerra, ora en forma de *Tamón Oa Elije*, es decir comandante de la gran embarcación, como lo encontramos en Radak al lado del Tamón ó caudillo propiamente dicho. En Yap, al lado del *Pilun*, poder civil, hay el *Matramat*, poder religioso, que viene á ser la soberanía de aquellos que sirven de mediadores entre la divinidad y los hombres y de intérpretes de la voluntad divina. El matramat personifica el lado espiritual y sacerdotal del poder soberano, pero en ciertas ocasiones desempeña también el papel de caudillo temporal. Cada aldea tiene además de su caudillo su matramat, pero el matramat supremo reside en Tami y es el que ejerce influencia sobre toda la isla: sin él no se emprende ningún asunto de importancia y forma también parte de las expediciones guerreras para predecir y evitar los accidentes desgraciados. Entre esas dos autoridades se reparte á menudo de una manera desigual, el poder material y el espiritual. Según la descripción de Semper, en la época en que visitó el Estado de Aibukit (Palaos), el rey espiritual, *Mad*, era el único que tenía la presidencia en el consejo de los príncipes: el rey guerrero y civil, *Krei*, era de condición algo inferior. Al mad correspondía, además de la presidencia del consejo, cuidar y resolver acerca de las fiestas religiosas y de todo cuanto se relacionaba con el culto de los antepasados: el kreí era el general y el ordenador de todos los trabajos públicos en común.

Raras veces encontramos monarcas en el sentido en que lo son los europeos: en Polinesia poquísimos reyes ha habido que como Kamehameha I estuviesen dotados de un espíritu de soberanía enérgico y decisivo, no siendo tampoco sorprendente el hecho de que aparezca la monarquía muy limitada en las islas pequeñas y de población poco densa, como las Marquesas, ó en la Nueva Zelanda, región excesivamente fraccionada así política como materialmente, en la que menudean las contiendas. En las Marquesas sólo hay pequeños caudillos medianamente respetados y en Nueva Zelanda encontramos la notable división trimembre de los *ariki*, ó caudillos divinos, junto á los caudillos humanos y á los sacerdotes: el ariki, á quien su abuelo ó su padre instruyó en las tradiciones sagradas, estaba muy por encima de los otros dos, pues reunía en su persona el poder de ambos: podía dar y quitar el tabú, determinar la época de los cultivos, los lugares en que habían de verificarse los entierros, etc. Por el contrario, el poder ó *mana* del caudillo dependía exclusivamente de su consideración personal, á menos que fuese también ariki, y la mana del sacerdote, si además de tal no era caudillo, sólo hallaba obediencia por la consideración de sus relaciones con los dioses ó de la influencia que sobre éstos ejercía.

Durante el plazo que media entre el gobierno de un príncipe y el de su sucesor suele reinar una anarquía completa que rompe todos los frenos del Estado, como compensación de los terribles tiempos de opresión que han

precedido y que no tardarán en continuar: durante este interregno, según expresión de Ellis, «todos los pecados son lícitos y se comete toda clase de crímenes.» En Tahití, al morir un caudillo entáblase entre todas las tribus una lucha á muerte, y respecto de Hawai se dice que cuando el príncipe Puiakalani, cansado de esas continuas luchas, resignó el mando para que cada cual procurara para sí, estalló tan grave desorden que hubieron de irle á buscar suplicándole que volviera á encargarse del poder, á lo cual accedió no sin haber antes exigido y obtenido atribuciones ilimitadas. A esto se debe, al parecer, que el rey de Hawai sea el propietario del país. Esta costumbre de la «anarquía legal», puede quizás explicarnos la notable diferencia que encontró Cook entre el gobierno enérgico de la isla Tongatabu y la completa falta de gobierno —así á lo menos le pareció— de las vecinas islas de Namoka.

La superioridad del príncipe se manifiesta en una porción de ceremonias que le equiparan, por su omnipotencia, á los mismos dioses: además hay una porción de distintivos exteriores y de insignias que sólo el príncipe puede usar. La capa de plumas de Hawai que se conoce con el nombre de *alaneo* únicamente la llevan los príncipes en tiempo de guerra; las plumas del mamó no se destinan más que á objetos sagrados ó regios; el collar hecho con dientes de ballena, se denomina «propiedad del caudillo» y la trompeta de cuerno marino es un distintivo guerrero especial del príncipe de Oahu. Los que pasan por delante del príncipe han de prosternarse, descubriendo sus hombros ó desnudándose por completo. Al rey no se le puede hablar sino cuando está sentado y á lo que se le dice no contesta nunca él mismo sino por boca de un orador especial: para saludarle se le huelen los pies y las manos. Los que rodeaban al príncipe de Hawai hablaban un lenguaje cortesano especial que el pueblo había de ignorar, hasta el punto de que cuando llegaba á conocerlo, el príncipe tenía que variarlo. En virtud de una costumbre denominada *Pi*, ciertas palabras santificadas por los nombres de los caudillos habían de ser cambiadas en Tahití por otras: también en Samoa existía un idioma de elevada categoría que se hablaba en la corte del príncipe y en el cual en vez de las palabras *ulu* (cabeza), *fulufulu* (cabello), *isu* (nariz) y *lima* (mano), se usaban respectivamente las voces *ao*, *lauao*, *fofoga* y *ao*.

Como en Micronesia no puede pronunciarse el nombre del caudillo, éste al entrar en posesión de su dignidad adopta un nombre que le sirve de título y cuyo significado, en Kusaie, no es menos que el de la palabra «dios»: la gente pone el mayor cuidado en no pronunciar ni siquiera las voces que tienen alguna semejanza con el antiguo nombre. En las Palaos, el que habla con un caudillo se tapa la cara ó vuelve el rostro, permaneciendo agachado y con las manos en la espalda: el saludo consiste en una inclinación profunda. El caudillo no puede comer ni beber en la taza de otro, y sus cacharros no pueden ser usados por nadie: nadie puede tampoco penetrar en su casa sin estar para ello invitado. No son únicamente los plebeyos los que han de guardar estas formas para con el caudillo, sino que éste observa estos usos aun en su trato con aquellos que ocupan un rango superior al suyo. Este severo formalismo que se sigue en el trato de la vida diaria, se extiende además á otros muchos casos. En las Palaos, la palabra *musul* —es decir lo que no conviene— tiene tanto poder, que su importancia apenas puede ser disputada por lo que en Micronesia hace las veces de tabú. De la misma manera que entre los malayos y otros pueblos, es mugul en las Palaos preguntar á alguien ¿cómo

te llamas? Pero se le puede saludar diciendo ¿quién eres tú? La pregunta con que se inicia una conversación es: ¿no hay novedad? ó ¿cuenta tu novedad? Al separarse dos ó más personas no se despiden, sino que dicen simplemente: me voy. Estas costumbres son, por regla general, muy semejantes á las polinesias y es probable que antes lo fueran aun más. La antigua forma del saludo de los insulares de las Palaos, que se frotan la cara con la mano ó con el pie de aquel á quien saludan, reaparece en las islas Hervey cuyos naturales polinesios se saludan frotándose las narices, según con gran extrañeza pudo observar Cook. En una y otra región se recibe á los viajeros con palabras recitadas á coro á manera de cantos. Puede afirmarse como regla general que en todos los actos la costumbre es en estos países más poderosa que la moralidad, y de aquí las equivocaciones que han padecido algunos viajeros optimistas que han tomado por moralidad las castas costumbres de las muchachas micronesias, porque á la menor tentativa de quebrantar estas costumbres se veían rechazados con grandes muestras de indignación.

La presencia de los príncipes y de los nobles en esta tierra es considerada como cosa pasajera, como un episodio de la vida celestial de estas personas que, siendo dioses de nacimiento, descienden del cielo á una de estas islas, en donde las tiene sujetas el destino y de donde regresan sólo como almas al Bolotu. El hilo de su existencia está anudado en las regiones elevadas. Conducidas nada menos que por Tangarao ó por los hijos de Tangarao, Tubo y Wakaokau-Uli, las nobles familias de Tonga bajaron cándidamente desde el cielo á la tierra y una vez en ésta, se les anunció que, puesto que habían trocado las cosas del cielo por las terrenales, no podrían regresar á la patria de origen, se verían sujetas á la decadencia y á la muerte y sólo al ser libertadas por ésta seriales dado á sus almas volver al Bolotu. Después de esto, vuelven los príncipes á la corte de Hiculeo recuperando la categoría que les corresponde; de suerte que en el otro mundo estos *otías* ó dioses-hombres de Tonga están muy por encima de los servidores divinos indígenas de Bolotu. En el punto en que desembarcaron estos dioses procedentes de Bolotu, Maui construyó, en el extremo oriental de Tongatabu, una flecha de piedra. ¿Qué tiene, pues, de extraño que se atribuya á los reyes igual grado de santidad que á los dioses y que á los ilustres se les asigne otra santidad análoga, aunque de rango inferior? Una de las cosas que mejor explica esta relación es el hecho de que en Tonga sólo el rey puede jurar por Dios poniendo la mano sobre la vasija del kava; los demás juran por el caudillo á cuyos pies se abrazan para ello.

El rey, como mantenedor del tabú, posee una superioridad que llega á ser funesta para él mismo. Antiguamente no podía poner su planta en la casa ni en la tierra de sus súbditos, pues de lo contrario se atraía la desgracia: por esto tenía casas propias en todas partes y en Tahití, por ejemplo, se hacía llevar en hombros para atravesar las tierras que por demasiado sagrado no podía pisar. Algunas veces vemos descuidada esta costumbre, pero en casi todos los casos en que así sucede puede este olvido atribuirse á la influencia de los europeos. Es probable, sin embargo, que los pueblos del mar del Sud hayan encontrado la manera de remediar hasta cierto punto por lo menos, los males que esta singularidad del soberano produce: recordaremos á este efecto únicamente la transferencia que del tabú hace el rey en favor de su sucesor en cuanto nace éste, con lo cual gana aquél en libertad de acción.

De todos cuantos rodean al príncipe, los que inmedia-